

EDUARDO DIEZ DE MEDINA

TROZOS ROMÁNTICOS



Eduardo Diez de Medina

TROZOS

ROMÁNTICOS

*
*

© Rolando Diez de Medina, 2005
La Paz - Bolivia



E. Diez de Medina

Prólogo

Eduardo Diez de Medina, el inteligente y brillante joven poeta, el Benjamín de la pléyade de cultores del Arte hoy en Bolivia, ha escrito este pequeño pero bellissimo libro.

Y para darlo á la pública luz, me ha dispensado la honra inmerecida de encomendarme el prólogo.

Cedo á la imposición de la amistad, aunque seguro de que prólogo mío en libro de intelectual tan distinguido como Diez de Medina, será como portada de barro en edificio de mármol.

Leed con atención estas bellas páginas y me daréis la razón.

Yo soy un amante del Arte y el autor de este libro es un artista.

Yo soy un aficionado á las letras y él es un literato.

Yo soy un escritor de versos y él es un poeta.

El honraría un libro mío con un prólogo suyo.

Yo desluciré su obra con mi introducción.

Ello ha querido. Sea.

Dejad, lectores, esta pobre página fijad vuestra atención en las que siguen; en las brotadas de la áurea pluma del jóven escritor que, casi niño todavía, pues apenas frisa en los 23 años, es ya tan ventajosa- mente conocido en el mundo de las letras, es ya una gloria nacional.

Amante de lo bueno y de lo bello: leed estas páginas que son un sueño de amor en una pradera de rosas; un idilio en una tarde primaveral.

Melancólicos recuerdos, impresiones tristes, cantos de amor, de esperanza y de ilusión, gemidos de dolor, dulces y tiernos, armonías desprendidas de una lira mágica que halagan nuestros oídos y se extinguen fugitivas en la soledad, en el silencio de la noche; paisajes de una vida soñadora sobre la cual el dolor de vivir, como dice Vargas Vila, extiende un tono glauco cuyo horizonte se abre en el rojo cegador de una visión de gloria ilimitada.

Tal es este libro.

Palpita en sus páginas el noble y tierno corazón del jóven poeta y su alma generosa, peregrina del ensueño, se transparenta en ellas en su marcha hacia los horizontes bellos y lejanos del Ideal y hacia esas serenidades augustas de la Poesía, á las cimas doradas por el sol de la Gloria.

Diez de Medina, para su corta edad, ha producido ya mucho. Prosa afiligorada, cincelados versos, todo ha salido siempre dulce y bello de su cerebro luminoso.

Hoy nos dá este libro, que es libro del corazón, germinado entre sueños y realidades, entre esperanzas y recuerdos, entre idilios y elegías.

Sí, libro del corazón. Libro que vá triunfalmente á enriquecer nuestra literatura, á halagar á los amantes del Arte y á deleitar á las almas soñadoras.

Y como es libro del corazón, es pura poesía, aunque en la forma parezca escrito en prosa.

Fijaos en estos fragmentos de EL BESO DE LA TARDE:

"Hermosa flor de primavera, descollaste en el huerto misterioso de mis sueños como una regia aparición fantástica. Tus hermanas te dieron sus gracias y dones á porfía: el carmín del clavel tiñó tus dulces labios, te dió la rosa del vergel su lozanía, su perfume delicado la violeta, el jazmín la hermosa palidez de tu angelical rostro, el azahar más bello su pureza, el beso de la aurora sus caricias y el beso de la tarde sus tristezas"..... "Ha trascurrido mucho tiempo. Y cuando, pensativo y solitario, en el crepúsculo de la tarde siento que viene á acariciar mi frente ese recuerdo ya lejano, invade mi alma una tristeza profunda é infinita, y luego maquinalmente me interrogo: ¿Será ella quien me envía el beso misterioso de la tarde?"

Escuchad esta preciosa estrofa de BALADA NOCTURNA, tan delicada, tan dulce, tan llena de verdad, de sentimiento y de poesía:

"Oh las noches soñadoras — de las almas visionarias,-que revelan el misterio de tristezas y de cosas ignoradas! Por el cielo lentamente — van sin rumbo las estrellas solitarias, —cómo vagan — por el fondo del espíritu ilusiones y esperanza. — Y la luna — sigue errando por el cielo — cual viajera taciturna, — mientras riel a entre los sauces su luz débil, — su luz blanca."

Y así, tan dulces, tan tiernas, tan melancólica y tan llenas de poesía son todas las bellas páginas de este pequeño libro, libro de sentimiento, de ensueño y de quimera, entre cuyas hojas se hallan las flores pálidas de los recuerdos y de la pasión triste.

Y así va él, triunfalmente, hacia los grandes, bellos y luminosos horizontes del Arte y de la Gloria.

Tomás O'Connor d' Arlach

La Paz, Octubre 10 de 1904.

A la amada memoria
de mi inolvidable padre y
maestro

Trozos Románticos

Lulú y Puck

DE pié, junto al dorado catrecito de fierro y apoyada en una de sus barandillas, zapatea y llora! Lulú que era toda alegría, toda felicidad, toda ¡amor!

¿Por qué llora Lulú? Nadie lo sabe. Gimotea amargamente, y el pañuelo de algodón que lleva sin cesar á sus ojos anegados en llanto, enjuga una tras otra las inocentes lágrimas que se desprenden de sus bellas pupilas. Y es que Lulú sufre.

Ella, la linda muñequita, engreída de los claveles y los jazmines, la victoriosa rival de las estrena que en las estivales noches atisba sus gracias por las rendijas de la ventana, también encontró su parte de pesar y de tristeza. Sí, Lulú sufre ya... á los años!



El polichinela Puck, á quien ella veía todas las tardes á través de los cristales, en la vidriera del almacén situado frente á su casa, ya no estaba allí.

¿Por qué se había ido? Lulú no acertaba á comprenderlo.

Conoció á puck en una hermosa y fresca mañana de primavera, en momentos en que un señor de aspecto serio y de largos bigotes, colocólo torpemente en un sitio alto de la vidriera.

Desde ese instante puck, sentado en una burda silla de madera, parecía mirar constante é insistentemente á la ventana de la graciosa rubiecita, y aun cuando él no hablaba, sus pequeños ojitos vivos y penetrantes, su nariz de águila, y su boquita de la guinda, llegaron á impresionar hondamente á la pequeña Lulú.

Una tarde, sesenta días después de conocerse Lulú y Puck, y cuando, como de costumbre, ambos contemplábanse amorosamente desde sus posiciones respectivas, una rapazuela que, pasaba por la calle queriendo admirar también la gentileza de Puck y sus atrayentes ojitos vivos, acercóse á la vidriera y por verlo bien de cerca, desplazó con la cabeza uno de los grandes cristales que cayó estrepitosamente derribando á Puck de su silla.

La rapazuela delincuente huyó, pero un agudo grito de Lulú que sentada en un banquillo presenciaba la terrible catástrofe desde su ventana, alarmó naturalmente á la mamá que corrió en auxilio de la pequeñuela.

—Qué te sucede, mi hermosa *bebé*?

—Puck ha muerto, mamá! — mi Puck, mi querido Puck! Un vidrio que cayó de allá arriba, lo aplastó. ¡Quiero ir á verlo! Pobre Puck!...

Y sus manecitas señalaban el sitio de donde el señor del aspecto grave y de los largos bigotes, no sin dirigir antes una significativa mirada á Lulú, sacaba á Puck enpolvado y con un brazo roto.



Aquella noche Lulú no durmió.

La silueta del desgraciado polichinela, dibujábase á cada instante en su imaginación, y cuando el sueño la rendía parecíale que Puck la llamaba en medio de lastimeros quejidos.

—Nó, no dormiré, se dijo ella; si Puck ha muerto no podré dormir ya!

Y así pasó la noche: con los chispeantes ojos de Puck clavados en sus ojos, y con aquella boquita de guinda que besaba la suya en medio de ensueños y delirios.



Apenas los primeros rayos del sol se colaron por los quicios de las puertas, Lulú con solo su blanco camisoncito de hilo, saltó y corrió á la consabida ventana.

Su sorpresa fué tan grande como inesperada. Ahí, al frente, de nuevo la esperaba Puck para darle sin duda los buenos días, siempre mirándola, siempre vivo y amoroso, siempre sonriente. No le faltaba el brazo roto; por el contrario, ahora lo tenía en mejor posición: enviándola un beso.

—Mamita, mamita, gritó Lulú, corriendo á despertarla: Puck no ha muerto! Puck está vivo! Ven y verás cómo él me envía un beso!

Y dando saltos y brincos de, infantil alegría, corrió á buscar su vestidito rosa y los zapatos nuevos que en Navidad le dejara el niño Jesús, para festejar la gloriosa resurrección de Puck.



Lulú y Puck continuaron queriéndose, sin que cruzase entre ellos una sola mirada de resentimiento ó de celos, como suele frecuentemente acontecer entre enamorados, sin que brotara de sus labios una frase siquiera de acusación ó enojo. Y así transcurrieron varios meses.

Algunas pequeñuelas indiscretas que paseaban por la calle, los miraban envidiándoles, y no faltó una mala amigueta que amenazara á Lulú con llevarse al polichinela después de comprarlo á vil precio, apartarlo para siempre de la vidriera, llevárselo lejos, muy lejos de allí. Pero Lulú no lo creyó ni por un instante.

Puck era suyo, todo suyo y nadie podía tener el derecho de poseerlo. ¿No habían sido todas las expresivas miradas del polichinela, para ella, únicamente para ella, desde que se conocieron? Y luego, Puck no sería tan ingrato que la abandonase.



Pero una tarde, su amigueta Rosa entró en la tienda que habitaba el polichinela y en tanto que Lulú presintiendo lo que le anunciaban ya los nerviosos latidos de su corazón, encendida en celos! juraba no dirigir en adelante una sola palabra á su mala amiga, vió que esta salía de la tienda llevándose á Puck.

Lulú rompió á llorar; desde su ventana le llamaba con angustiosos y enérgicos gritos, pero Puck parecía no oír... y se alejaba! Y con él se iban también todas las esperanzas de la pequeñuela, sus ilusiones, su felicidad, su amor!



De ahí que Lulú de pié, junto al dorado catrecito de fierro y apoyada en una de sus barandillas, zapatea y llora. Lulú que era antes toda amor, toda alegría, toda felicidad. Pero ya su felicidad huyó para siempre. No se pondrá más su lindo vestido rosa, ni los zapatitos de Navidad ...

La resentida *bebé*, se desnuda rápidamente y apabullando su vestido lo arroja lejos de sí.

—"Puck me ha abandonado", piensa, "Puck quiere ya á Rosa; pero yo la mataré!"

Y arropándose nerviosamente entre las sábanas de su lecho, se acuesta ocultando su rubia cabecita entre las dos almoadas, mientras su amorosa madre, que llega, la cubre de besos y caricias.



Lulú y Puck, simbolizan los caprichos de la afición y del sentimiento; representan la alegría, la felicidad, el amor, y en seguida, el desengaño, la amargura, y el deseo de venganza.

Esa es la vida. Lulú á los cinco años, feliz por una aberración del sentimiento y muy Juego desengañada, es Lulú á los veinte, á los cuarenta.

Esa es la humanidad. El pobre, el rico, el viejo, el niño, no hay quien no haya tenido una ilusión, una esperanza, un *polichinela* que hizo fugaz intervalo en la monótona pesadez de la vida.

En ese intervalo, Lulú rió, soñó y gozó con su polichinela, queriendo condensar en un pedazo de madera, ingeniosamente tallada, la suprema felicidad.

Nosotros hacemos lo mismo; solo que reemplazamos la madera artísticamente pulida, con la mujer divinamente disfrazada!

Y Lulú se engañó... cual nos engañamos nosotros.

Y Lulú juró vengarse... como muchos de nosotros.

Y luego, pasado el instante de dolor y de locura, se durmió acariciada por el beso de su madre... como nosotros por el beso de la muerte!



Cucho

ERA un hogar triste, y desvalido, donde el sudor de un pobre jornalero y las lágrimas de una mujer histérica amasaban el pan para tres vidas. Cuando ese pan, aunque no siempre blando, estaba allí sobre la mesa grasienta y ennegrecida, la presencia de Cucho era en la oscura vivienda como un rayo de sol que disipa la lobreguez por un instante, una nota alegre reemplazando brevemente al silencio monótono y sombrío que suele ser fiel compañero de los desdeñados de la vida, Cuando el pan no estaba allí, la presencia de Cucho tan solo podía denunciar la existencia de una boca más! ... y en ese momento el padre pensando que aquel pedazo de su alma pedía también un pedazo de pan, renegaba de su suerte, sentía que una ola de rabia y de rencor le encendía el rostro y se le nublaba la vista. En la atmósfera asfixiante, podíanse escuchar entonces los rugidos de una fiera acorralada, en tanto que ahogados morían los, sollozos de dolor en dos gargantas.

En ese oscuro sitio, donde se aprende á odiar á los hombres y á la vida, Cucho había sentido los primeros agujijones de la suerte que espolea al desgraciado, y su cerebro retuvo la impresión de aquellas pinceladas de lucha dolorosa en el fondo de un cuadro de tintes negros y sombríos.

Un buen día el rapaz de la casa despertó de excelente humor; tenía una idea que él, sin acertar á saber si podría ser cuerda ó necia, resolvió comunicarla sin dilación á su padre. Pensaba Cucho que mejor que en el pobre rincón de su casa habría de estar- se seguramente al aire libre, puesto que el buen humor y las sonrisas, desterrados hacía tiempo de aquel sitio, solo podía descubrirlos en almas y rostros de chiquillos que vendiendo diarios pasaban día á día por el barrio del Matadero. ¿No podría él tener alguna participación en la felicidad de sus

compañeros? Además, el rapaz se atrevía á ponerlo en duda: ¿no sería ya por ventura todo un hombre?...

Fué el viejo jornalero quien escuchó sorprendido tan extraña idea, mas no juzgó deber oponerse á los deseos de Cucho; pues bien, le dijo, anda y aprende á ganar el pan para tu vida, siquiera para la tuya...

Desde aquel día, ni el rigor del invierno fué tan crudo en la fría vivienda del jornalero, ni los días tan húmedos ni tan sombríos. En la atmósfera se respiraba un hálito de vida y todo parecía denunciar allá que el fatídico fantasma había sido echado de la casa. Cucho, el pequeño Cucho se encargó de darle en despedida un soberbio puntapié, y efectivamente, el fantasma del hambre no volvió á presentarse allí desde que el rapaz decidió ser todo un hombre, ganar dinero y adquirir título: *vendedor de diarios*.



Pasó algún tiempo. Pero como la felicidad, dama de rango y honores, no parece a venirse en los tugurio s tristes y desamparados, tardó poco en alejarse, cediendo de nuevo el paso al viejo y antiguo conocido de la casa.

Aquella noche no se había dormido en ella. El jornalero, enfermo de gravedad, pedía su medicina, pero concluida esta faltaba dinero para comprarla de nuevo. La mirada de la pobre mujer oprimida por la angustia, se fijó entonces en Cucho: solo él podía salvar la vida de su padre.



Y fué en aquella mañana glacial y lluviosa, triste y pálida como el rostro cadavérico de un pobre, que Cucho corría, corría de un extremo á otro de la calle, pregonando sin cesar la venta de los diarios que no pudo realizar la noche anterior.

Mas, todo era inútil. Apenas si aparecía de rato en rato la silueta de algún transeúnte, y entonces sin considerar que: podría ser tan pobre y desgraciado como él, Cucho redoblaba sus gritos que pocas veces eran escuchados con piedad, las más de ellas con raro estoicismo. El rapaz contaba el dinero que oprimía entre las manos, blancas como el hielo que sobre ellas caía, lo contaba de nuevo á cada instante, imaginaba tener ya la suma precisa para en seguida volar á la farmacia, pero... aun le faltaban 20 céntimos!

Entre tanto la nieve caía lentamente en su monotonía desesperante y por la calle solitaria apenas si cruzaba rápidamente algún coche de alquiler ó el pequeño vendedor de diarios, cuyas voces prolongadas y débiles se confundían con los chasquidos del látigo que castigaba á los animales. Aquella ciudad que despertaba, hacía algún tiempo, bajo un limpio cielo de sol en primavera, se desperezaba ahora bajo una sombra gris que velaba el fondo del paisaje, y el muchacho sentía que esa misma sombra de tristeza cubría densamente la alegría de su alma. Y corriendo, siempre corriendo, regando agua por saco y pantalones, fatigado por el cansancio, comenzaba á comprender que era inútil aquella mañana su tarea no era hoy el gamo que ayer triscando alegremente cruzaba por las calles. Nó! Verdad es que se movía siempre con agilidad y viveza prodigiosas, que era él el primero en sorprender á toda persona que asomaba al doblar una esquina para ofrecer le los diarios, pero la desesperación y la angustia estaban retratadas en su semblante pálido y desencajado.

Cucho comenzaba á sentir que las fuerzas le faltaban, sentía el viento glacial que azotaba su cuerpo débil y desabrigado, mas en un supremo esfuerzo redoblaba de nuevo sus gritos y la voz se quebraba en su garganta ahogada por las bocanadas del aire frío y congelado.

¡Pobrecita alma inocente que tiritaba sacudida por los golpes del dolor, en el cuerpecito que tiritaba también azotado por la racha glacial de una mañana lánguida y lluviosa!

De pronto, como si fuera tan solo una visión engañadora, Cucho vió aparecer, doblando una esquina, á un señor de arrogante aspecto que envuelto en un largo gabán de pieles se aproximaba. El rapaz, medio aterido ya por el frío, imaginó que el buen Dios le enviaba desde el cielo á aquel que debería traer la salud para su padre, corrió hacia él y cuando su voz apenas perceptible detenía al transeúnte implorando: — "Señor! los diarios,

todos por 20 céntimos; señor, compradlos!" — el robusto brozo de aquél le apartó de su camino diciéndole: — "Quita, granuja! si son de anoche!"

Sin que lo hubiera podido advertir el caballero que se alejó rápidamente, Cucho rodó sobre las baldosas de la acera cual un débil fardo.

La nieve seguía cayendo lentamente en pequeños copos que muy pronto cubrieron el cuerpo del infeliz. Cucho creyó ver en ese instante que descendía sobre él una lluvia de estrellas blancas, muy blancas, vió á sus padres que desde lo alto le bendecían amorosamente, y luego un coro de chiquillos tan buenos como él, arrulló su sueño pregonando suavemente la venta de los diarios. Cucho dormía.

La calle estaba desierta. Apostado en una esquina un centinela que despertó bostezando perezosamente creyó ver á la distancia un pequeño bulto que caía al suelo. Se aproximó á él, pero antes de descubrir el cuerpo rígido del rapaz sus manos tropezaron con un envoltorio y sus labios se contrajeron en un gesto de sorpresa y conmiseración, Luego reconoció el cuerpo del rapaz, colocólo en un carro ambulante que á la sazón cruzaba por el barrio y desdoblado uno á uno los diarios que formaban aquel envoltorio fué extendiéndolos sobre el cuerpecito inerte. Después se alejó murmurando: — demonio de suerte! Cuando Cucho vivía, los diarios fueron sus mejores compañeros; hoy que está ya muerto... que al menos le sirvan de sudario!



Bohémica

QUE hable Pepe! — gritó empinándose para lucir su gallardo y simpático busto, una pequeña rubia de respingada nariz y de insolente mirada, é inmediata explosión de entusiasmo acogió la iniciativa de la graciosa Mariette.

—Sí, que nos cuente la historia de sus amores con Mimí, que nos revele la causa de su *spleen* misterioso — añadió otra burlona voz femenina, en tanto que un robusto mozo tomando ágilmente á Pepe por las solapas de una mal zurcida levita, colocólo torpemente sobre la mesa del bacará, rodeada por diez ó doce mozuelos achispados y otras tantas chiquillas que no les iban en zaga.

Y el excéntrico poeta que no podía ya tenerse en pié, con la copa en la mano dijo:



—Camaradas! maldigamos del amor! Abominemos de él, porque trae oculto el veneno para escanciarlo en la copa traidora de la vida. Maldigamos también de la mujer, seducida por la voz de serpiente y portadora del tósigo fatal! Ay! de aquel que arrastrado se precipita en el abismo de la pasión, allí donde se pierde para siempre el hombre cuando le falta la voluntad que es su firmeza.

Por el amor naufragó mi espíritu en los insondables mares de la vida. Y fué la mujer, sirena que dijo á mis oídos su canción engañadora, quien prendió en mis pupilas la llama inextinguible é hizo brotar en mis labios el fuego que calcina dulcemente; ella misma encendió después la pira devoradora y terrible de los celos!



Un murmullo de risas excitadas interrumpió ligeramente al poeta, y mientras el rubio champagne rebosaba de nuevo en las copas de cristales de bohemia, Pepe continuó:



—No riáis, camaradas. La vida va de prisa y de ella solo queda la esfinge con su mueca irónica y amarga. Mimí me engañó, oscureció las infantiles alegrías de mi juventud que florecieron á las bellas caricias del amor; pero ah! Mimí pagó su traición. Cruzó por el camino tan rauda como pasa el placer, la felicidad, el amor, y hoy solo queda de ella un hondo recuerdo en mi alma y en mi conciencia las torturas de un remordimiento horrible! ...

La voz del poeta esparciéndose por aquella viciada atmósfera en timbres amenazadores y macabros, prosiguió:

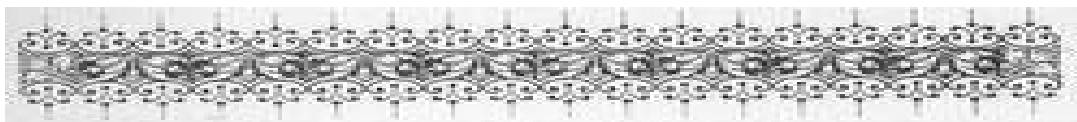
— El amor venció; pero la mujer cayó al llegar el triunfo. Yo le entregué mis ansias, mis anhelos todos, mi vida misma, y ella incauta despertó en mi espíritu la ira de los celos. Mas no bastaba la idea, era preciso ir allá, ver, palpar la traición para luego vengarla sin piedad y sin escrúpulos. Y allí fui. Penetré en su morada subiendo beodo, trémulo, la escalera que me conducía á la realidad cruel, cuando un estremecimiento horrible corrió por mis venas y luego me detuvo inmóvil. Mas el temor de que pudiera burlarme mi piedad misma infundiome valor de nuevo y avancé resueltamente. Un espantoso cuadro presentóse entonces ante mis ojos que se nublaron para siempre. Ella no estaba sola, nó! Antes de penetrar, alcancé á percibir una frase: "él no vendrá!"

Rugí de furor y la horrible carcajada que salió de mi garganta al presentarme, debió helar sus rostros, lívidos de espanto. Súbito arranqué del cinto un puñal que debía ser el vengador de tanta infamia y con él tendí dos cadáveres malditos á mis piés! No ví más... No recuerdo más... No quiero recordarlo. Pero si aun queréis saber la causa de mi *spleen* misterioso, del odio salvaje que hacia el amor y la vida me domina irresistible, si queréis saber por qué mis ojos fijos están estúpidos y absortos, por qué mis labios que amarató el alcohol arrojan solo veneno y maldición eterna, id allí, á ver á Mimí, á Mimí muerta!...



Un grito de sorpresa y de espanto dominó un instante en aquél sitio de placer y de orgía donde á intervalos estremecían las carcajadas del poeta. De pronto abrióse una puerta y un pelotón de gente armada que venía en busca del asesino, bajó á Pepe de la mesa en que reía téticamente. Luego que le arrastraron hacia afuera y desapareció el tumulto, la graciosa rubiecita que hizo hablar un momento antes al poeta agotó el contenido de su décima copa de champagne y en medio de atronadores gritos y del ruido que formaban al chocar los cristales azules de bohemia, exclamó:

—Camaradas: bebamos por el Amor!



La Abnegación de la abuela

LA pobre abuela, encorvada bajo el peso de sus ochenta años, bien contados y vividos, cavilaba al compás de la rueca que á impulsos de sus ágiles dedos giraba sin cesar.

Bien sabía la experta viejecita por qué se devanaba los sesos; la preocupación que la atormentaba incesantemente podía encarnar quizá una desilusión más en su vejez sin esperanzas ni primaveras.

Margarita, su sobrina, una fresca y gentil doncella frizando en los quince abriles y á quien las aves habrían envidiado los timbres alegres de su voz y las flores la lozanía de su rostro, hacía días que por ahí andaba taciturna y preocupada.

¿Qué impresión tan profunda daba al traste con la alegría franca y tradicional de la muchacha? Ah! los ochenta años de experiencia amarga no podían llevar error al juicio claro de la abuela. Bien lo sabía ella: aquel mozalvete de marras que se había permitido galantearla en su juventud, ese gomoso de antaño que hoy llevaba trazas de viejo pergamino, tenía ¡voto al chápиро! un hijo bien puesto de figura que rondaba frecuentemente la huerta por donde paseaba Margarita en sus horas de recreo. ¡Con cuánta razón temía por aquella ley de fatal *atravismo* de que le había oído hablar en repetidas ocasiones al cura del lugar! Calavera, con ribetes de tenorio, aquel bellaco del padre por fuerza *atrávica* sería generador de un ejemplar semejante, adicionado de vicios y pasiones.

¿Cómo podría permitir ella que ese pechuga le arrebatara á su sobrina, la chiquilla más graciosa y bonita de la aldea al decir de las gentes todas de su barrio? Si al menos el gagnápиро aquel tuviera labrada por su esfuerzo una buena posición, descendiera en línea recta

de algún barón ó marqués ó poseyera un caudal de buenos reales, pero quí! ni siquiera tenía el pobre diablo con qué cubrir su chaqueta remendada á trechos y sus roídos calzones que por más de un agujero denunciaban á gritos la pobreza desastrosa de su dueño.

Sin embargo, Perico no era un mozo mal parecido. Alto, erguido, de apuesta figura, lucía un ligero bozo rubicundo qué sombreaba sus labios y daba realce á su varonil fisonomía. Y esto era precisamente lo que tenía intranquila á la viejecita, ya que su propia experiencia le había demostrado cómo Adonis encarna más peligros que Picio.

Así, viniendo, huyendo y tornando, giraban los inquietos pensamientos al compás de la rucua que bailaba entre los ágiles dedos de la abuela...



—Lejos! lejos de mí! no quiero verlo! gritaba poco después, regañando la viejecita al saber que don Facundo, el padre de Perico, pedía una audiencia en la casa asegurando tratarse de asunto importantísimo para la familia.

Inútiles eran los razonamientos y argumentaciones de los viejos sirvientes de la casa ¡inferir tamaño ultraje á don Facundo! á aquel pobre viejo que arrastrándose apenas sobre sus pies había llegado hasta allí con el solo objeto de exponer su importante demanda! ¿Qué pensaría él al saber que la señora se negaba á recibirlo?

Pero todas las reflexiones habrían resultado estériles ante la inflexible resolución de la abuela, si su bella sobrina, penetrando en ese instante á la habitación y encendida de rubor, no hubiera puesto también su gracia intercesora en favor de don Facundo.

—Consiento en recibirlo, — dijo al fin, echando pelucas por los labios la viejecita — pero ese mala pécora no ha llevarse un pelo de mi sobrina!

Y en efecto, don Facundo, dando traspiés y tropezando con cuanto objeto tenía á su alcance, penetró en una oscura habitación donde gruñía la abuela mostrando sus dientes en punta, como púas afiladas.



—Doña Petra, — acertó él á mascujar sin más preámbulos — usted sabrá ya que mi Perico ama á su sobrina, la niña parece corresponderle y en consecuencia vengo á pedirle consienta en el matrimonio de ambos.

—Yo no sé nada de eso ni deseo saberlo, vociferó la viejecita brincando sobre su asiento como pinchada por una aguja — Además, mi sobrina no piensa en tan gorda tontería ni en alejarse de mi lado donde nada le falta, ¿y para qué? para seguir á un mozo ¡voto al chápiro! sin mérito, sin profesión y sin cuarto!

—Señora, — repuso severamente don Facundo, — no puedo permitir que ponga motes y defectos á Perico. Mi hijo es un mozo honrado, sin vicios, y no es pobre de solemnidad cual usted lo imagina. En mis últimos años y merced á penosos sacrificios, he logrado reunir algunos reales para que él los disfrute cuando forme un hogar honrado. Mi sobrino tiene pues 5,000 reales!

Al oír esto, el corazón de la viejecita dió un vuelco, sintió ella un delicioso desfallecimiento de sorpresa en todo el cuerpo, sus menudos ojos que brillaban en la oscuridad adquirieron de súbito una viva fosforescencia, y tendiendo por fin los brazos á don Facundo que entre absorto y sonriente la miraba, díjole gimoteando:

—Basta de bromas! Ya que mi abnegación de madre me obliga á esto... que se casen ¡voto al chápiro!



Loco de amor

Y el pobre loco se reía se reía... pausada, lúgubrementemente, y su mueca de risa macabra se iluminaba tomando tintes sombríos con los pálidos rayos de la luna que filtraban por las anchas rendijas de la puerta desvencijada.

El mundo se empeñaba en afirmar que estaba loco... y loco de amor! "¿de amor?" — se repetía él á sí mismo — "bah! los imbéciles no alcanzan á comprenderme y sin embargo me creen loco"!...



Es verdad que desde aquella tarde fatal en que después de larga y acalorada disputa, vieron sus inmóviles y absortos ojos alejarse y desaparecer á Teresa entre las curvas de una oscura callejuela, había sentido penetrar repentinamente en su alma una ráfaga de profundo hastío y desaliento. Y desde entonces todas las tardes, maquinalmente y á la misma hora, se deslizaba por una de las aceras de la estrecha callejuela huyendo de las curiosas miradas de los transeúntes y avergonzado de su propia debilidad, en busca de aquella misteriosa mujer cuyo recuerdo le perseguía con la más extraña obsecación.

Pero ¿podía aun conservar hacia ella el afecto que poseyera su espíritu hasta aquel instante de su versátil, de su imperdonable abandono? "Nó! — decía él tendiendo las manos cual si quisiera alejar una funesta visión. — Jamás! Lo juré por el nombre inmaculado de mi madre y testigos de ese solemne juramento han sido las fieles aves que volaban en busca de sus nidos, el arroyo murmurador y triste, las estrellas de la avanzada tarde, la naturaleza entera, Dios!"

Y el pobre loco, apretando la cabeza entre sus largas y temblorosas manos, sentía que sus tristes recuerdos, bandada de avechillas entumidas, volaban á buscar calor en su afiebrado cerebro.



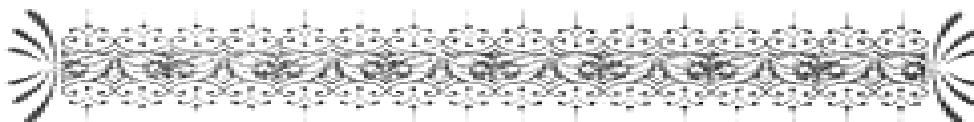
El recuerdo de aquella mujer estaba íntimamente ligado hasta con la más vaga memoria de su niñez y de su juventud. La había conocido desde que abrió sus ojos á la razón y al sentimiento y todos sus instantes de dichas y de penas infantiles los había compartido con ella, la única compañera de su vida, de su vida toda!

En ese instante y en un raptó de febril alucinación, parecióle que se encontraba de nuevo con Teresa bajo el antiguo y frondoso árbol que los cobijara con sus dos anchas ramas, á la manera de un monje hierático que con las manos extendidas bendecía la unión eterna de sus almas; imaginó que se trasportaba al sitio donde tantas veces aspiró el perfume de los labios de su amada y de pronto sintióse electrizado por el rumor de sus pisadas. Después, repentinamente, parecióle ver que Tereza le abandonaba de nuevo sin escuchar sus quejas ni sus ruegos, é impulsado por una fuerza extraña partió á correr... corría tras ella, como una exhalación, cruzando por bosques interminables y tortuosos senderos, cuando ya rendido de cansancio sentía dos pesos de plomo en sus pies ensangrentados, en tanto que Teresa penetrando en las curvas de la oscura callejuela se perdía, el pobre loco despertando de su extraña alucinación, balbuceaba: Teresa!



Con las pupilas inyectas en sangre, sintiendo chispas de fuego en los ojos, se puso bruscamente de pié. Limpió una gruesa lágrima que surcaba sus mejillas y avergonzado nuevamente de su debilidad, como cuando se deslizaba tímidamente por la estrecha callejuela, gritó con voz ronca y des- compuesta: "¿que yo estoy loco de amor?... bah! desgraciados! no me comprenden!"...

Y resonando sus téticas frases en las de la miserable celda, el pobre loco se reía pausada, lúgubrementemente... de la locura de la extraña locura del mundo!!



El primer baile

INÉS, consumida por la tisis, deliraba...

Cuando llamaron al médico para que la asistiese, la pobre muchacha yacía postrada en su lecho de dolor, rodeada por los miembros de su familia y algunas buenas amiguitas que allí acudieron presurosas.

Sobre el sofá situado frente al lecho de la enferma distinguíase un lindo traje de baile, orlado de rosas blancas y azules lilas. La vista de aquel lindo vestido producía un profundo sentimiento de tristeza á cuantas personas le veían abandonado ahí; con él Inés había asistido la noche anterior al primer baile, y cuando la pobrecita enferma lo miraba también, evocando los recuerdos de aquella noche en que pensó realizar todos los ensueños y quimeras de sus quince años, el suave cutis de su rostro encendido por la fiebre, empalidecía, inundándose de lágrimas sus bellos y rasgados ojos.

Un hombre alto y enjuto fué introducido en la habitación, y mientras á través de su elegante monóculo observaba el semblante desfigurado de aquella pobre niña á quien él había visto hacía pocas horas radiante de gracias y hermosura, sobre la muelle almohada la rubia cabeza de la enferma deliraba...



Inés imaginó en ese instante que asistía al baile de la víspera, veía cruzar por su lado las parejas retratadas en las lunas de Venecia que decoraban el amplio salón, y en medio de los rostros vivaces y alegres de los concurrentes, destacarse la figura marcial de un gallardo militar, su primo Raúl.

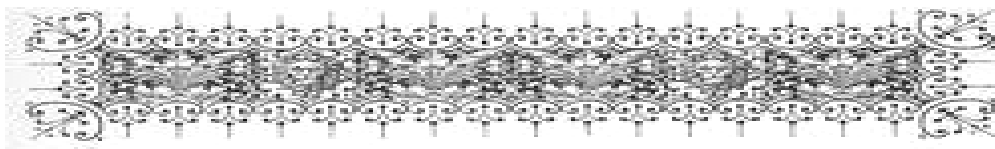
Hasta aquella noche Raúl se había mostrado siempre fiel y cariñoso para ella, manteniendo vivos los recuerdos de la primera pasión que abrazara indisolublemente sus tiernos corazones. Aun recordaba la promesa de su primo cuando aquella misma tarde, al despedirse, le prometió no apartarse un solo instante de su lado, en tanto se efectuara la reunión; pero al comenzar ésta, Inés pudo notar que algo extraño acontecía á Raúl. Impaciente, perplejamente inquieto y sin cuidarse mucho de la vigilancia incesante de su prima, recorría de un extremo á otro la habitación, inquiriendo algo que ella no alcanzaba á precisar.

Así trascurrieron algunas horas y en ellas la animación del baile crecía rápidamente, Inés advirtió que un sentimiento de rencor, de odio, se levantaba indómito en su ser. Más de una vez negó su brazo á la solicitud de quienes cortésmente la invitaban á valsar, pues esperaba la llegada de Raúl á quien no veía hacía un largo rato; de pronto su inquieta mirada tropezó con la apuesta figura de su primo que en un ángulo del salón sonreía ante una hermosa dama con quien platicaba divertido. Los ojos de Inés se nublaron y ella se sintió desfallecer en su asiento; solo la ansiedad de conocer á la mujer que, quizá sin saberlo, le robaba su más íntimo cariño, hizo que se incorporara bruscamente. Ahí permanecía él, siempre de pié y absorto ante la belleza de la desconocida dama. ¡Ah! cómo era ingrato su primo! Y cuán bella su rival! Inés no pudo resistir más la contemplación de aquella escena, llamó apresuradamente á su madre y fingiendo un repentino malestar corrió á buscar su abrigo de pieles.

Breve instante después descendía los escalones de la casa, nerviosa, colérica, impaciente, sintiendo que una llama de celos le encendía el rostro y le quemaba las entrañas. ¡Cómo pudiera ella vengar la infamia de su primo! De súbito, al pasar el umbral de la puerta, sintió que una helada ráfaga de aire penetraba por su garganta y le llegaba al pecho, pero no cuidó de abrigarse. ¿Qué podría sucederle? Lo más grave sería la muerte, pero ¿qué importaba para ella la vida sin el amor de Raúl, de su gallardo y adorable primo?.....

La enferma hizo un supremo esfuerzo para incorporarse, mas tornó á caer desfallecida. Fuerte acceso de tos le acometió violentamente; su cuerpo débil y gastado ya, se estremeció, como si se le arrancara la vida...

Y allí, cerca al lecho de Inés y aprisionado por las doradas rejas de una fantástica jaula, un canario ocultaba su rubia cabecita entre el plumaje, aletargado por hondo sentimiento de ternura.....



Los dos rivales

El odio entre los dos toreadores fermentaba rápidamente y á medida que ese sentimiento de rencor arraigaba en en sus varoniles pechos, crecía también en ellos el deseo de lucha y de venganza. Mas, si bien era claro que la enemistad de aquel robusto mocetón á quien sus compañeros apodaban el *Navajas*, se traducía en el profundo desdén que tenía para su rival, en cambio *Tripitas* cerraba los ojos cada vez que tropezaba con aquél para no verse obligado á arrojársele encima é hincarle los dientes en el rostro.

Origen del terrible antagonismo producido entre los dos valientes, fué sin duda el deseo de posesión sobre la Pepa, una hermosa y real hembra capaz de armar reyerta, con sólo su presencia, entre todos los tenorios de la comarca.

Difícil habría sido precisar con certeza si las simpatías de la disputada dama inclinaban el fiel á favor de *Navajas* ó de *Tripitas*, pero, á juzgar por chismecillos que corrían insistentemente en labios de comadres, parecía ser que el primero disfrutaba de la confianza y los favores de la Pepa.

De cualquier modo que ello fuese, lo cierto es que las gentes todas del pueblo comenzaban ya á interrogar si aquello concluiría con chiste de comedia ó final de drama, cuando un suceso inesperado puso término á dudas y suposiciones.

Aquel día la corrida era de gala.

Un enorme gentío agitábase nerviosamente en el amplio local de la plaza, á la vista de un terrible cornúpeto que con velocidad vertiginosa recorría el redondel de un extremo á otro, burlando capas y poniendo en fuga las ágiles piernas de los diestros. El público entusiasmado con la bravura del bicho, vociferaba ruidosamente é incitaba á los toreros para que resistieran sus furiosas embestidas, pero el arrojo de estos parecía retroceder ante el peligro cierto que él corría allí.

Navajas y *Tripitas* formaban parte del personal de la cuadrilla que lidiaba, aquel en calidad de banderillero y este como arrastrador de capa, ya que no poca era la diferencia de años, y de trabajo entre los dos valientes. Ambos lucían sus vistosos vestidos orlados de lentejuelas de oro y plata; y más de una vez al tropezar sus miradas en que relampagueaba el odio, apartábanse luego en dirección á la Pepa que desde un escaño del tabloncillo presenciaba la corrida.

Cuando el entusiasmo del público, ante la fiereza del toro, llegaba ya al delirio, oyóse en los ámbitos del local la seña que ordenaba castigarlo. *Navajas* tomó entonces un par de banderillas resuelto á colocarlas aun á riesgo de poner en peligro las carnes, pero al solo intentarlo lanzóse el toro sobre él con tal ímpetu, que á no mediar la agilidad de sus piernas y el pronto auxilio de sus compañeros, habría caído seguramente en las astas de la bestia.

Una rechifla general y persistente heló la sangre en las venas del diestro, quien avergonzado pero resuelto á volver por su honor bien adquirido de valiente, echó se tras un burladero queriendo cobrar nuevos brioso Mas, de pronto la rechifla y el alboroto del público cesaron. *Tripitas* que se hallaba cerca al *Navajas*, arrancóle bruscamente de las manos el par de banderillas y marchando resueltamente al encuentro del furioso bicho, colocó se emplazándolo en medio de la arena. Un estruendoso aplauso llamó la atención del toro que girando vertiginosamente respondió á la cita embistiendo furioso, pero al llegar cerca al diestro tropezó con las púas de las banderillas que se le incrustaron en las carnes. El terrible bufido de la bestia herida electrizó de entusiasmo á los espectadores que aplaudían frenéticamente; mas, en ese mismo instante, cuando el diestro contestaba los saludos y ovaciones del público, el bicho arrojando espuma por la boca le embistió nuevamente de sorpresa.

No tuvo tiempo esta vez el audaz *Tripitas* para salvar del furioso ataque del toro. Cogiólo éste en sus terribles y afiladas astas y enarbolándolo en el aire le arrojó luego violentamente contra el suelo. Un silencio de muerte pareció reinar entre todos los concurrentes consternados á la vista del charco de sangre que dejó en la arena el cuerpo exangüe del torero, y entonces una esbelta mujer irguiéndose sobre su asiento y lanzando mirada de profundo desprecio al *Navajas* que la contemplaba, satisfecho tal vez de la desaparición de su rival, le gritó furiosamente: — te desprecio, gallina! por que no vales ni el coraje de *Tripitas*!



Momentos después, al retirarse ya la concurrencia de la plaza, comentando la desgraciada intrepidez de *Tripitas*, un rapaz llamó á voces la atención pública sobre otro suceso trágico. Ahí, á la salida del local y tendido á lo largo del camino, yacía el cuerpo inanimado del pobre *Navajas*, quien hondamente herido por el duro reproche que recibiera de su amada, se había rebanado el cuello con el auxilio de un cuchillo.

Cuando llevaron la noticia del suicidio á la Pepa, ésta se encogió de hombros añadiendo tranquilamente:

—Bah! Qué de extraño; si en el Amor nos une un lazo de *tripitas* y nos separa un filo de *navajas*!

